

Pierre Quiroule. La Ciudad Anarquista Americana contra la Ciudad del Centenario.

Sebastián Turner.

Cita:

Sebastián Turner (2012). *Pierre Quiroule. La Ciudad Anarquista Americana contra la Ciudad del Centenario. VII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-097/102>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRxp/2tG>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

VII Jornadas de Sociología UNLP 2012

Pierre Quiroule. La Ciudad Anarquista Americana contra la Ciudad del Centenario.

Autor: Turner Sebastián. Profesor en Historia. Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

E-mail: sanvicente89@hotmail.com

INTRODUCCION

Partiendo de la consideración de Pierre Quiroule (seudónimo de Joaquín Alejo Falconnet) como uno de los más prolíficos escritores que tuvo el movimiento libertario argentino, este acercamiento a su pensamiento pretende rescatar su obra no sólo desde la especificidad de su perspectiva narrativa utópica sino desde la complejidad y el entrecruzamiento de distintas tradiciones teóricas, lo cual nos permitirá observar como Quiroule trabajó simultáneamente en el plano literario y en el político, es decir, la relación, y al mismo tiempo tensión, existente entre su práctica política y su narrativa utópica.

Nacido en Lyon en 1867 y llegado a la Argentina a muy temprana edad, nuestro autor se ligó en sus comienzos políticos a grupos anarco-comunistas de inspiración kropotkiana en momentos en los que en el país se producían profundos cambios en las estructuras sociales, uno de cuyos resultados principales será la conformación y desarrollo de una incipiente clase obrera que empezaba a articular sus primeras formas de movilización y organización política, gremial y cultural (Suriano, 2001) y hacia la cual estará dirigida la mayor parte de su obra, inscripta en la praxis de difusión de la propaganda ideológica y política anarquista.

Es por ello que, en la ambición de una investigación más amplia, dentro de la cual se enmarca esta ponencia, se pretende evitar un análisis pensado sólo desde el plano de una "teoría" de la utopía, ya que éste desestima todo lo que una obra múltiple nos puede aportar en relación a pensar la imaginación política (y la cultura anarquista).

Asimismo, y en relación a lo anteriormente mencionado, la última parte del trabajo se propone analizar el choque cultural que implicó el comienzo de un vínculo antagónico entre anarquismo y nación tomando como referencia los Festejos del Centenario de 1910, a partir de los escritos de Quiroule en torno a éstos y de la actitud de las elites y del Estado nacional cuyo pánico a la "desintegración de la

identidad nacional en construcción” se plasmó en una política represiva del movimiento ácrata pensado como el «otro-exótico» en base a cuya alteridad se construye la ciudadanía.

INFLUENCIAS TEORICAS: MAS ALLA DEL CAOS, LA UTOPIA LIBERTARIA.

Teniendo en cuenta la importancia que la difusión de las ideas ocupaba en la praxis del anarquismo, aunque considerada en su seno como un arma de combate más, la obra de Quiroule se inscribe dentro de lo que algunos autores han denominado “literatura de urgencia” - por su militancia, su disidencia y su utilitarismo- para la cual la estética es un medio y no un fin ya que sobre ésta predomina la ética, y cuya función principal es denunciar las miserias sociales (protesta), concientizar a las víctimas de tales miserias (didactismo), movilizar a los oprimidos hacia la lucha revolucionaria (propaganda) y exaltar la belleza tal como la concibe el anarquismo (lirismo y utopismo). (Andreu, Fraysse y Golusscio de Montoya, 1990).

Esta caracterización de la literatura anarquista nos permite introducir la compleja obra de Pierre Quiroule en una problemática más amplia acerca de la conceptualización de la cultura anarquista, y al mismo tiempo alejarnos del Sentido Común Historiográfico¹ (SCH) – basado en el criterio del éxito (Martinez, 2009) y en una clara distancia política con el ideario ácrata (Acha, 2009) – que sobre el anarquismo argentino se ha ido conformando y consolidando como un “acuerdo universal” a partir de los últimos trabajos de Juan Suriano (2001, 2005).

Tomando el análisis de Pablo Ansolabehere con respecto al anarquismo argentino en tanto que, aunque actualmente se lo asocie con posturas políticas arcaicas y románticas y con fenómenos culturales de los más diversos- debido a la influencia de autores y corrientes filosóficas de las más diversas procedencias lo cual lo convierten en un caos doctrinal-, se trató de un movimiento político, cultural y social cuya acción incidió de manera decisiva en la organización del naciente movimiento obrero dejando una marca reconocible de su presencia en la vida social y cultural -convirtiéndose en la fuerza política más singular de aquel período y, tal vez, de la historia nacional- (2011: p.14), intentaremos recoger la propuesta de la española María Martínez (2009) en tanto búsqueda de una nueva agenda investigadora que desde una perspectiva más abierta y despojada de tópicos sirva para reflexionar acerca de cómo construimos los relatos sobre el pasado.

¹ La noción de Sentido Común Historiográfico y su uso para el anarquismo argentino es tomada de Nieto (2010), quien a su vez se basa en las nociones de Ferrater Mora (1964). Esta problemática ha sido analizada en Turner Sebastián “Pierre Quiroule y la imaginación política en la cultura anarquista” (2010)

De allí que la primera parte de este trabajo se oriente a rechazar ese arcaicismo e irracionalidad con el que muchos autores han estigmatizado al anarquismo, considerando “no casual” el hecho de que, como si se tratara de una “teoría” o de un corpus filosófico difundido o llevado a la práctica de forma anti intelectual, resulte dificultoso encontrar en los trabajos académicos dedicados al anarquismo argentino la simple mención de los conceptos “teórico” o “intelectual” – siendo los términos más comunes “difusores” “publicistas” o “propagandistas”- para referirse a los pensadores ácratas. De hecho Suriano señala como evidente “que el movimiento anarquista argentino no se caracterizaba por la presencia en sus filas de intelectuales brillantes”² (2001: p.132).

Sin embargo, para autores como Gómez Tovar; “de todas las fuerzas políticas, quizás hayan sido los anarquistas el movimiento social más preocupado por el aspecto teórico y científico de su pensamiento”, ya que “la gran receptividad de los intelectuales anarquistas a las grandes aportaciones del conocimiento y su afán de conducirse por conclusiones rigurosas, junto al positivismo de la época, generaron siempre una atención permanente a los nuevos planteamientos científicos y en algunos casos una incorporación inmediata a su pensamiento como respuesta a la situación que estaba demandando la sociedad” (Gómez Tovar, 1991: pp.53-54).

Y la obra de Pierre Quiroule se inscribe como la de pocos pensadores ácratas en esta caracterización, ya que la complejidad de sus escritos, cuya ambición sobrepasa los límites de una teoría de la utopía, se apoya justamente en la acumulación de influencias y en la riqueza de las fuentes en donde se inspira. Para Tovar, Quiroule sorprende por cuanto maneja una documentación excepcional y un importante elenco de bibliografía e información de primera mano, cuyas huellas son perceptibles en su obra y cuyo temprano y exacto conocimiento lo convierte en un esmerado escritor y riguroso investigador que siempre buscó las fuentes más singulares y actualizadas, transformando ideológicamente esos esquemas clásicos e insistiendo en la búsqueda de nuevas soluciones y en la incorporación de planteamientos vanguardistas a las corrientes del pensamiento libertario (1991: pp.72-73) con el objetivo de “explorar, analizar y abrir nuevos horizontes al espíritu de investigación anarquista” (Pierre Quiroule, 1909).

² A este respecto cabe señalar que según Giustachini (1990) sólo tres anarquistas fueron legitimados en el campo intelectual: Rodolfo González Pacheco, Alberto Ghirardo y Florencio Sánchez. Por su parte Barrancos (1993) menciona a Antonio Pellicer Paraire como el teórico de mayor estatura dentro del anarquismo argentino. Por su parte, Bavasso (2008: p. 3) señala que en América Latina el anarquismo reunió a los intelectuales avanzados de las primeras décadas del siglo, especialmente aquellos formados al margen de las instituciones universitarias y ambientes académicos, cada vez más sensibilizados frente a la irrupción de la violencia en la cuestión social en la realidad del continente.

Cuando en la investigación nos deslizamos desde lo general hacia lo particular, encontramos obras anarquistas que rompen con el SCH dominante permitiendo encontrar matices y disfunciones concretas que escapan a los análisis generales o modelos rígidos – y en muchos casos reduccionistas- que se hicieron sobre el anarquismo argentino y sus pensadores. Y esto se observa claramente al incursionar en el complejo recorrido teórico que se sintetiza en la obra de Quiroule.

Luego de una primera etapa en la que escribe artículos para distintos órganos de prensa anarquista³, nuestro autor inicia la sorprendente incursión en el planteamiento de la ciudad libertaria dando forma a una trilogía de relatos utópicos que comienza en 1909 con *Sobre la Ruta de la Anarquía* (publicada en 1912) y concluye en 1924 con *En la Soñada Tierra del Ideal*– incluyendo en la misma su obra más conocida publicada por La protesta en 1914; *La Ciudad Anarquista Americana*).

Esta literatura utópica, cuya difusión es considerada por Quiroule como una práctica política, será construida – y a la vez complementada con obras de teatro, escritos políticos e investigaciones científicas, geológicas, astronómicas y filosóficas (Silvia Vázquez, 1991) - a partir de una enorme y compleja acumulación de influencias y reutilización de materiales que serán transformados ideológicamente en un esfuerzo de síntesis en el que resulta difícil aprehender el valor o peso de cada idea recibida y en el cual, a pesar de que la propuesta urbana no constituye el centro de su preocupación ideológica, se puede rastrear un entramado relacional en el que convergen las influencias de las ideas y propuestas de los socialistas utópicos y de los pensadores sociales y urbanos del siglo XIX y comienzos del XX (Gómez Tovar, Ramón Gutiérrez, 1991) junto a los principales referentes del pensamiento anarquista además de filósofos y políticos como Nietzsche o Lenin.

Si bien en su primer escrito utópico, *Sobre la ruta de la anarquía*, se puede rastrear el influjo de los pensadores anarquistas - ya sea el énfasis en lo moral y en la solidaridad de Kropotkin o en el carácter insurreccionalista de la revolución tomado de Bakunin- y de los socialistas franceses – la obra de Louis Blanc *Organisation du travail* (1839) y la importancia del blanquismo en torno al papel revolucionario de la minoría consciente o vanguardia iluminada⁴- será en *La Ciudad Anarquista Americana* donde ese entramado de influencias saldrá a la luz con mayor nitidez.

³ Entre 1890 y 1893 escribió para el periódico anarco comunista de tendencia proterrorista y antiorganizadora El perseguido. En 1893 funda y dirige – hasta 1894 en que desaparece luego de 39 números- el periódico en lengua francesa La Liberté, que si bien adoptaba una tendencia proterrorista y antiorganizadora, se trataba de una corriente kropotkiniana más teórica que se inspiraba en el periódico anarquista francés La Revolté y en los sucesos acaecidos en Europa. En 1906 Quiroule inició su participación en La Protesta periódico en el cual publicará sus escritos hasta 1914.

⁴ Ver Suriano (2001), Cap. II Pto. 5: La vanguardia iluminada pp. 94 a 100.

Los utópicos reformistas del siglo XIX que, tomando la tradición moreana para su narrativa utópica, intentaron traducir sus escritos en proyectos empíricos, como es el caso de Robert Owen (*Report to the Country of Lanark*, 1821), Etienne Cabet (*Viaje por Icaria*, 1840), Victor Considerant (*La Reunión*, 1855) y Giovanni Rossi (*Colonia Cecilia*⁵, 1890), se fusionan en la obra de PQ con los escritos de pensadores socialistas y utópicos libertarios como Charles Fourier (*La Phalange*, 1841), el ruso Plotino Rhodakanaty⁶ (*Cartilla Socialista*, 1861), Rodrigo de Matzu y especialmente Joseph Déjacque⁷ (*El Humanisferio*, 1858).

Pero como bien señala Gómez Tovar (1991), la influencia de estos primeros proyectos y escritos socialistas y utópicos debe ser leída dentro de un marco más amplio que tenga en cuenta el objetivo más sorprendente y audaz – y también por ello el más criticado, tanto en el pasado como en el presente - de la obra de Quiroule. Ya que si bien ambas ideas fueron inseparables en la noción filosófica de la utopía, la relación y tensión existentes entre la práctica política y la narrativa utópica, no fue bien entendida incluso dentro de las filas del propio anarquismo. Nos referimos a la propuesta de pasar del manifiesto ideológico al diseño de un entorno donde trabajar y vivir en libertad. Propuesta que recibe, en forma simultánea y compleja, el influjo político e ideológico de los principales referentes del anarquismo y de otras corrientes filosóficas y políticas por un lado, y el aporte de distintos modelos urbanísticos y utópicos, por el otro.

Entre estos últimos se pueden mencionar aquellos escritos que influenciaron a Quiroule en la planificación urbana, en la problemática de la vivienda, en la preocupación higienista y paisajística, en la revalorización del trabajo artesanal y en la búsqueda del equilibrio entre lo rural y lo urbano⁸, no siendo menos importante el aporte de los reformadores ingleses del siglo XIX como Jhon Ruskin y sus ideas

⁵ Considerada como el primer intento de establecer una colonia anarco-comunista en América del Sur. Según Tovar (1991) “la Colonia Cecilia logró establecer una sociedad sin clases a través de la implantación del comunismo libertario” (p.27).

⁶ Llega a México difundiendo el pensamiento de Charles Fourier en Cartilla Socialista 1861 y será influyente en los anarquistas y revolucionarios mexicanos a quien PQ dedica su obra la Ciudad Anarquista Americana.

⁷ Considerado el iniciador de un género con características propias ya que añadió a su relato descriptivo el planteamiento de una sociedad ideal sustentada sobre las bases del comunismo libertario, cuando aún el mutualismo y el colectivismo apenas se habían difundido. Gómez Tovar (1991: pp.29-30).

⁸ como es el caso de James Silk Buckingham y su propuesta arquitectónica (*National Evils and Practical Remedies*, 1849); Ebenezer Howard y su proyecto de “ciudad jardín” (*Garden Cities of Tomorrow*, 1898); la construcción de las viviendas de Joseph Paxton (*Crystal Palace*, 1851); Tomás Moro (Utopía, 1516) y la cuestión de la capacidad tecnológica que será tomada de otra utopía aparecida en Montevideo a fines del siglo XIX, *The coming race* de Edward George Bulwer (Gómez Tovar, 1991) y el vanguardismo futurista de Edward Bellamy (*Looking Backward 2000-1887* de 1888). Para un análisis sobre la influencia de James Buckingham en la planificación urbana de Pierre Quiroule, ver: Ramón Gutiérrez (1991: pp.140-149). Para un análisis sobre el impacto de Tomas Moro en la propuesta urbana de Pierre Quiroule ver Celia Guevara (2000).

estéticas (*Sesame an Lillies*) y en especial de William Morris (*How we live and how we might live*, 1888 y *News from Nowhere*, 1891) autor muy leído en las filas del anarquismo argentino.

En cuanto al manifiesto ideológico, Gómez Tovar señala que, antes de empezar con la narración utópica, “La Ciudad Anarquista Americana se inicia con un párrafo magistral –al estilo de las grandes obras- planteando al lector una situación límite en el reino de El Dorado: la caída de la monarquía como sistema de gobierno, la desaparición de la burguesía como clase social, la destrucción del Estado como elemento opresor, el triunfo de la revolución anarquista con la abolición de la propiedad privada y la consolidación del comunismo libertario como nuevo orden económico” (Gómez Tovar, 1991: p.57).

Esta referencia será una constante en la obra de Quiroule ya que la misma estará atravesada de principio a fin por la influencia de los principales pensadores anarquistas, especialmente por los escritos de Pedro A. Kropotkin – en torno a la revolución, la solidaridad, la ayuda mutua, la forma comunal de trabajo, y el individualismo e igualdad en la diferencia- que aparecen junto a reflexiones deudoras del anarquismo organizador –cuya iniciación en Argentina se atribuye a la teoría del italiano Errico Malatesta- e incluso de la corriente individualista nietzscheana-stirneriana⁹.

Además, en su último escrito utópico, *En la Soñada tierra del ideal*, el contexto político y social de la Argentina y el mundo lo llevan a Quiroule a debatir cuestiones relacionadas con el sindicalismo revolucionario – que empezaba a tener cada vez más influencia en el movimiento obrero argentino- y con el impacto producido por la revolución Rusa¹⁰.

No obstante, esta búsqueda constante de fusionar la práctica política¹¹ y el planteamiento urbano en la narrativa utópica revolucionaria, le han valido las más encumbradas críticas en las propias filas del anarquismo que en torno a esta problemática se hallaba dividido en dos corrientes. Una llamada constructivista, que se propone pensar la sociedad post revolucionaria para evitar dejar librado a la suerte de las circunstancias la construcción de la anarquía, y la otra considerada espontaneísta, que acusa

⁹ El énfasis en ésta última, le permite a PQ introducir ciertas reminiscencias nietzscheanas (la idea de un nuevo líder que como hombre de ciencia domina la naturaleza, las menciones a zaratustra, las críticas a la noción burguesa de modernidad y progreso) que se verán reflejadas nada menos que en el nombre del principal personaje de La Ciudad Anarquista Americana: Súper. Para otras influencias de Nietzsche en el pensamiento de Pierre Quiroule, ver Celia Guevara (2000).

¹⁰ Ambos serán relacionados y criticados bajo la noción de Dictadura del Trabajo – tomada de la concepción marxista de dictadura del proletariado-, la cual es vista dialécticamente como necesaria por un cierto período de tiempo en manos de los sindicatos, aunque su superación se presenta como inevitable para poder llegar a la anarquía. Ver Pittaluga (2002); Bavasso (2008) y Justicia Social “Trabaje el que quiera comer”, Pierre Quiroule (1919).

¹¹ Según Silvia Vázquez (1991) en el momento en que bullían los círculos y las agrupaciones y las canciones libertarias inundaban las calles, la obra de Falconnet ejerció particular atracción sobre los jóvenes con ideas libertarias. Era frecuente su frecuencia en las conferencias y clases que dictaba en los ateneos populares.

a la primera de ficción y dogmatismo por profetizar sobre el mañana y considera que la revolución social no se hará por lo que digan los libros por lo cual se niega a aceptar cualquier plan establecido por autoritario. Pierre Quiroule denominará a los pensadores de esta corriente como “inquisidores espontaneístas”¹² (Gómez Tovar, 1991: pp.37-43).

Como señala Tovar “la interpretación de las utopías libertarias no ha sido uniforme ni dentro ni fuera del pensamiento anarquista. Concebidas como un estímulo hacia la difusión de la idea, un soporte del ensayo teórico o simplemente como una invitación a la acción, pocas veces fueron saludadas como avances en la construcción del pensamiento ácrata; antes bien fueron acogidas con cautela y no sin cierta polémica” (Gómez Tovar, 1991: p.36).

Sin embargo, cinco años después de la Revolución Rusa nuestro autor seguía impactado por aquellos acontecimientos a los que ya consideraba un fracaso de la teoría marxista y la defraudación de las esperanzas del proletariado consciente. De allí que insistiera con el que fuera el objetivo principal de toda su obra: “Dígase todo lo que se quiera en contra de la conveniencia del estudio preliminar del régimen que seguirá al que actualmente impera, en la peligrosa creencia de que las circunstancias serán las que determinarán la orientación venidera, dejándolo librado todo a la improvisación del primer momento, que será el más crítico, no me cansaré de repetir que es necesario que la masa proletaria conozca la teoría de la libertad, si se quiere que sepa en qué consiste esta libertad y que debe hacerse para que, una vez la tenga conquistada, no se le escape, y vuelva el hombre a su anterior vergonzosa condición de esclavitud...” (Pierre Quiroule, 1922: p.5).

El mismo objetivo que diez años antes se había propuesto en su primer escrito utópico al preguntarse “¿Cuántos son los [hombres] que hoy día tienen idea clara de lo que será preciso hacer tan pronto como estalle un movimiento revolucionario a base de transformación social ..? El campo de investigación de que puede ser objeto la sociedad del mañana es ilimitado...”¹³.

Por ello, al abordar la complejidad teórica de su obra y la relación existente entre su práctica política, su discurso ideológico y su narrativa utópica, nuestra propuesta apunta a rescatar su pensamiento en torno al objetivo último de sus escritos: ampliar el campo de investigación anarquista para que esta filosofía no se detenga sólo en la crítica al sistema y se permita pensar la sociedad del mañana¹⁴ (Pierre Quiroule, 1909).

¹² Sobre este debate al interior de las filas anarquistas ver Gómez Tovar (1991) y Ansolabehere (2011).

¹³“... A explorarlo en todos los sentidos debemos orientar nuestras facultades analíticas, seguros de que no habremos perdido el tiempo por más insignificante o superficial que resulte nuestra obra frente a la magnitud de lo que siempre quedará por resolver todavía”. (Pierre Quiroule, 1912: p.9).

Porque como bien señala Pittaluga (sin fecha), Quiroule no era un urbanista y sus pretensiones de la ciudad anarquista eran funcionales a motorizar una crítica del presente histórico y una imagen para otra historia. La clave en su novela está en la presencia combinada de elementos utópicos y restauradores en relación dialéctica, lo cual resulta nodal para la representación del cambio social y de la nueva sociedad.

Pero ese objetivo debía cristalizarse en la lectura, el entendimiento y el debate dentro de las filas del movimiento obrero a través de un trabajo de orientación de carácter igualitario y democratizador –de la palabra y del conocimiento- y partir de una redefinición del trabajo intelectual donde la obra se pone al servicio de la instrucción popular y la divulgación científica, permitiendo al lector un acercamiento a los principales postulados de la ideas anarquistas.

Y para ello es necesario tener en cuenta que el compromiso ideológico y político de nuestro autor atraviesa y subordina a la propuesta urbanística y también literaria. Como bien señalan los autores en *Anarkos*, la aparente falta de habilidad en los escritos anarquistas no se debe a impericia técnica o inconsistencia artística. “Por el contrario, existe por un lado una toma de posición frente a un discurso literario que debe ser compatible con la capacidad receptiva del destinatario implícito, es decir, el mundo obrero semi analfabeto de la época. Y por otro, una voluntad deliberada de testimoniar sobre una sociedad y una época, sobre las miserias, las luchas y las exaltaciones cuya gravedad inmanente desentonaría frente a fantasías demasiado irreales de la ficción o exquisitos floreos poéticos” (Andreu, Fraysse y Golluscio de Montoya, 1990: p.12).

Pierre Quiroule ha sido rescatado por numerosos trabajos académicos como un vanguardista, un planificador urbano y hasta un precursor en escritos ecológicos. Difícilmente, y más aún tratándose de un anarquista, como un intelectual. También se lo ha considerado parte de una tradición utópica junto a Sarmiento, Dittrich, Molina y Vedia y otros. Todos supuestos logros o detalles apolíticos que no hacen más que desnaturalizar el objetivo de sus escritos- insertarse en realidades sociales y culturales concretas a las que aspira a transformar a partir de propuestas imaginarias (Félix Weimberg, 1986) - y nos impiden pensar la utopía revolucionaria y todo aquello que una obra múltiple nos puede aportar en relación a pensar la imaginación política.

¹⁴En la introducción a *La Ciudad Anarquista Americana* el propio Quiroule no puede ser más claro al respecto: “Se ha dicho y repetido en todos los tonos que los anarquistas, excelentes críticos y demolidores de lo existente, ignorábamos totalmente lo que pondremos en el lugar de lo destruido. A destruir este prejuicio responde el presente bosquejo de la ciudad libertaria y de la organización del mañana en la comuna anarquista”. (Pierre Quiroule, 1914: p.16.)

LA IMAGINACION POLITICA EN LA UTOPIA QUIROULEANA

Considerando a la civilización como un absurdo y al progreso como una locura, y partir de una crítica a la irracionalidad que se esconde detrás de la “racionalidad” capitalista, Quiroule se permite interpelar a los revolucionarios por no tener un plan para llevar a cabo luego de la revolución y proponer el estudio de la sociedad de transición a través de conferencias sindicales y cursos de educación sociológica para “pensar con anticipación el problema del trabajo para saber cómo se va a actuar económicamente una vez realizada la revolución” y para que “cuando llegue la hora de obrar no perder tiempo en tanteos y vacilaciones peligrosas para la buena estabilidad del estado de cosas revolucionario” (1922: p.6).

De esta forma, en su obra se unen dialécticamente, como tal vez en la de ningún otro pensador anarquista, los dos principios que según la fórmula de Sebastián Faure constituyen el fundamento de la Idea anarquista. Por un lado el principio negativo, aquel que se dedica a mostrar y rechazar los males que agobian al hombre, es decir, el Estado, la Propiedad y la Religión. Por el otro, el principio positivo, aquel que proyecta los lineamientos de un mundo nuevo de bienestar, armonía y libertad y que sólo podrá ser instaurado después del aniquilamiento definitivo de la sociedad autoritaria.

Estos aspectos de su obra son los que llevan a los autores de *Anarkos* a señalar que, “cuando el escritor ácrata logra liberarse de las contingencias de la realidad inmediata que se insinúan en su representación del mundo ideal, se alza entonces al mejor nivel de los arquitectos de la Utopía. Pierre Quiroule construye, con su Ciudad Anarquista Americana, el modelo más cumplido de un espacio humano en correspondencia con la idea. Su texto sintetiza con un perfecto rigor demostrativo, lo esencial de las proposiciones que otros autores formularon en registros diferentes, y de este modo confiere un poder de persuasión más grande al mito poético Anarkos y a su mensaje de regeneración y esperanza” (Andreu, Fraysse y Golluscio de Montoya, 1990: p.19).

Para concluir esta primera parte, y retomando de Michel Foucault (2011) la idea de que lo característico de nuestra generación es la falta de imaginación política -en contraposición a los hombres del siglo XVIII y XIX que tenían al menos la facultad de soñar el porvenir de la sociedad humana-, queremos dejar abierto el debate acerca de un aspecto, tal vez el más criticado, de la obra de Quiroule. ¿Cuál es la verdadera función de la utopía? ¿Es ésta un simple sueño o se trata de un proyecto social?

Nuestro autor respondía a las críticas señalando que la función de sus trabajos era golpear la imaginación de los trabajadores y de esta forma movilizar su energía revolucionaria.

Contando la historia desde el deseo y rechazando la idea de que el presente es una consecuencia irremediable de la historia, Pierre Quiroule se ha propuesto despertar una imaginación política que permita imaginar, desear y movilizar en busca de otra historia, otro presente y otro futuro cuya realización fuera la obtención de la suma máxima de libertad soñada¹⁵. Porque como bien señala Christian Ferrer, y aunque la palabra anarquista suene hoy tan extraña como si se tratara de un animal extinto, “de no haber existido anarquistas nuestra imaginación política sería más escuálida, y, más miserable aún” (2004: p.12). Se trata de una imaginación política que golpee la realidad, aunque en la mayor parte de los casos sea golpeada por ésta. Pero aún así, en ese espacio siempre abierto entre utopía y realidad, las obras utópicas y su mundo soñado, pueden dejar que tanto el sueño como la realidad se critiquen mutuamente (Pittaluga, s/f).

El historiador del anarquismo Max Nettlau (1934) observa la escasez de utopías anarquistas al tiempo que señala la necesidad de rescatarlas del olvido, ya que las teorías y la crítica convencionales no pueden cumplir la función de combatir la propaganda burguesa ni “herir” la imaginación política de las masas. Porque a pesar de no conmover los basamentos del sistema que intenta derribar, el pensamiento utópico y más aún, su empeño por materializarlo, destacan el valor de aquellos que son capaces de pensar la utopía o el de aquellos que intentan vivirla. Existe una tensión constante entre lo que existe y lo que podemos imaginar que podría existir. Y allí es donde radica el potencial utópico, en “la capacidad de negar la realidad y pensar en otra alternativa, esa potencialidad es algo que convoca y toma materialidad cultural en fenómenos, grupos y movimientos culturales, siempre de minoritario seguimiento pero de marcada huella en la historia” (Gómez – Ullate García de León, 2004: p.364).

Se ha postulado que en esa relación dialéctica entre utopía y realidad, una utopía sólo concluye cuando se realiza, es decir, que la peor utopía es aquella que puede ser traducida a lo real. Por ello, y aunque su nombre permanece en el presente asociado a una mentalidad de lo futuro (Vázquez, 2001), es que Pierre Quiroule nunca se consideró un utopista. Porque quien la escribe no se considera un constructor de utopía y cree estar convencido de poder ejecutarla. Por ello se considera un militante de la práctica política y entrega consciente su vida en ese intento. Su humanismo, sus sueños con inquietudes filosóficas, sus escritos, sus tenaces propuestas de renovación, su incansable búsqueda de un mundo

¹⁵ En este sentido Bavasso (2008: p.21) señala que no hay dudas de que los trabajadores revelaban también una dimensión utópica en su resistencia contra la explotación siendo este uno de los puntos centrales que intenta demostrar en su trabajo.

mejor y su verdadera militancia dentro del anarquismo, tenían como verdadero propósito que esa utopía fuera ejecutada y superada en la realidad.

Por ello tal vez sea válido pensar con Adorno que no es el compositor el que fracasa en su obra, sino que es la historia la que niega la obra en sí. La función utópica tiene como referente la experiencia particular del individuo en el devenir histórico. En ese sentido, son hombres que cumplieron la vocación nietszchiana de decir la palabra y romperse con ella. Hombres que trataron de aprender la esperanza por encima del miedo y obtuvieron de ésta tal efecto que los llevó a entregarse a una praxis política y social destinada a transformar las condiciones reales de existencia, porque se volcaron activamente al devenir al que ellos mismos pertenecen y se arriesgaron en la escena pública haciendo histórico el tiempo que les tocó vivir (Bloch, 1977, Barrancos, 1991).

EL ANARQUISMO COMO CONTRACULTURA. LA CIUDAD ANARQUISTA AMERICANA “CONTRA” LA CIUDAD DEL CENTENARIO.

Considerando la pretensión del anarquismo de constituirse como alteridad total al orden existente (Pittaluga, 2000), en este trabajo retomaremos el concepto de contracultura o cultura a la contra vertido por el antropólogo español Gómez-Ullate García de León (2004), ya que su valor explicativo nos permite encarnar en él al anarquismo junto a sus pilares y principios rectores - y con ello a la figura y la obra de Pierre Quiroule-.

Este concepto de contracultura forma un conjunto asociado de negación – que se convierte en la principal fuente generadora de la fuerza, el sentido y la cohesión del grupo y a partir de los cuales se forja una identidad dialéctica del presente, aunque extendida hacia adelante y un rechazo a la cultura y sociedad dominante-; de resistencia – muchas veces ante la imposibilidad de forzar un cambio, la resistencia se convierte en la práctica de esa negación- y de propuesta – mundos de sentidos alternativos, lo nuevo, una cultura de la búsqueda frente al viejo mundo y donde las nomenclaturas identitarias, las etiquetas con las cuales se designan y son conocidos por otros, marcan la diferencia trazando la frontera entre el “nosotros” y el “otro”-.

Para Ansolabehere existe una especie de gran relato anarquista que funciona como matriz de la mayor parte de las historias que circulan por las páginas de la prensa libertaria, el cual podría esquematizarse en unas pocas secuencias: una primera, contada en pretérito, que narra, desde los comienzos de los tiempos, la lucha de las almas rebeldes de la historia en contra de la opresión. Una

segunda continúa, en cercano pretérito y en presente, con esa misma lucha, ahora definida entre los poderosos de la sociedad burguesa y los luchadores del ideal libertario. Una tercera etapa, en presente y futuro, se detiene en el momento de la revolución social. Y ligada a ésta, una cuarta y última, en futuro (o en un presente de futuro histórico), que cuenta el final feliz de la sociedad sin estado, ni gobierno, ni jerarquías que la revolución anarquista ha hecho (hará) posible (Ansolabehere, 2011: p.72)

Y esta descripción del relato anarquista con pretensiones revolucionarias y contraculturales, se corresponde, como en pocos pensadores acráatas argentinos, con la matriz que atraviesa la obra de PQ, ya que para éste “los comunistas pretendemos cambiarlo todo, para innovar en todos los sentidos. El edificio social que hemos de levantar será nuevo, completamente nuevo, desde su base hasta la cúspide” (Pierre Quiroule, 1914: p.11).

No obstante, el concepto de contracultura aportado en este trabajo – el cual se hace inteligible en la obra de Quiroule- puede ser de utilidad en tanto lo pensemos teniendo en cuenta la relación dialéctica de éste con la cultura que niega (la cultura hegemónica), de la que forma parte y depende inevitablemente y que en esta dialéctica de lucha cultural no hay ninguna cultura autónoma, auténtica y completa que esté fuera del campo de fuerzas de las relaciones de poder cultural y de dominación (Hall, 1984).

Es por ello que, partiendo de esta noción dialéctica de contracultura, la segunda parte de este trabajo se propone reconstruir esa “guerra entre modelos y concepciones del mundo”¹⁶ tomando como referencia el marco de los Festejos del Centenario impulsados por la clase dirigente argentina. A partir del análisis de cuatro recientes trabajos de investigación que en varios aspectos se contraponen al SCH sobre el anarquismo argentino antes mencionado, el objetivo del mismo es poder dilucidar como a partir de la utilización de los aparatos del estado, la elite construye identidad nacional, es decir, le da significado a la ciudadanía a través de una estrategia nacionalizadora que parte desde el Estado basada en la criminalización del anarquismo y la extranjerización del conflicto social. Ya que, como señala Acha, “los tiempos del centenario son de feroz represión del anarquismo, al punto que es posible situar en esa coyuntura la primera campaña de destrucción violenta de un movimiento de izquierda en la Argentina” (Acha, 2009: p.100).

¹⁶ Para el escritor venezolano Brito García, la contracultura implica una guerra entre modelos, una batalla entre concepciones del mundo. En este caso la contracultura se propone derribar y superar a la cultura dominante, entrando en conflicto con ella, oponiéndosele, negándola; y aún en la derrota obliga a la cultura dominante a transformarse, a superarse para poder lograr consenso y reprimir a su contracultura (Brito García, 1984 : p.1). Para un debate en torno a la visión de Suriano en cuanto a la imposibilidad de considerar al anarquismo argentino como contracultural, ver Turner Sebastián (2010) “Pierre Quiroule y la imaginación política en la cultura anarquista”.

Es por ello que los festejos del Centenario pueden ser considerados como aquel hecho histórico en el cual se puso de manifiesto, como pocas veces en la historia argentina, esa guerra de modelos y concepciones del mundo. Por un lado, como señala Martínez (2009: pp.437-439), la clase dominante argentina que toma al pie de la letra aquella construcción del siglo XIX, donde los centenarios se convierten en una “invención” hecha a medida para la celebración de eventos que hacen a la formación de las modernas naciones occidentales y a la construcción de su identidad, para presentar al mundo “sus propias realizaciones como testimonio del éxito de la transformación revolucionaria abierta un siglo antes”, dejando huellas imborrables en el paisaje y en la historia de la ciudad de Buenos Aires, escenario principal de los festejos.

Por el otro, la contracara del centenario que las elites intentaban ocultar: las protestas obreras y el clima de malestar social ante la situación en que se hallaban las capas menos favorecidas de la población. Siendo esos mismos trabajadores, junto a los pensadores ácratas, en su mayoría afiliados la anarquista Federación Obrera regional Argentina (FORA), quienes vieron en los festejos una buena oportunidad para demostrar a “ese orden social vigente y henchido de orgullo” la vacuidad del consenso social que supuestamente se identificaba con él, y así se lanzaron a la lucha”.

Por lo tanto, los festejos de 1910 serán el escenario donde se presenten y coexistan los años de oro del anarquismo, con el despliegue de una estrategia nacionalizadora por parte el Estado cuyo objetivo consiste en integrar a las nuevas generaciones provenientes de la gran inmigración y para cuyo fin moviliza todos sus dispositivos conjuntos.(Acha, 2009)

EL ESTADO CONTRA LOS ANARQUISTAS “DELINCUENTES”

Según Martínez (2009: p.440), en el proceso de construcción identitaria argentina, la actitud de las elites del Centenario estuvo signada por el pánico a la «desintegración de la nacionalidad», el cual se plasmó en una política especialmente represiva del movimiento ácrata debido al lugar que ocuparon el «extranjero», el «inmigrante» y el «anarquista», tres conceptos prácticamente intercambiables a la altura de 1910, en la celebración del primer Centenario haciendo que la «barbarie» cambie de posición para identificarse con el inmigrante, la violencia obrera y el activista revolucionario, integrados, la mayoría de las veces, en la figura del anarquista, el cual se convierte en el verdadero peligro para el «sentimiento nacional»; en el «otro-exótico», importador de todos los males, en base a cuya alteridad – aquello que se excluye y a partir de lo cual se define el sentimiento de pertenencia- se construye la ciudadanía.

Siguiendo esta línea de análisis, Edgardo Alvarez se propone analizar la «amenaza simbólica» representada por el anarquismo a los ojos del Estado Nacional al tiempo que pretende desentrañar como éste construye, a partir de los anarquistas, la figura del anormal, ese «germen a extirpar» del cuerpo social a partir de ciertos mecanismos de criminalización normativa. De esta forma, los anarquistas van a ir acaparando «espacios simbólicos» dentro del nuevo catálogo de enemigos que el Estado va construyendo como opositores acérrimos del proceso de nacionalización de los inmigrantes en marcha. Es por ello que para el autor, “en el marco del proceso de construcción de una identidad nacional, la clase dominante propuso la existencia de un enemigo, o sea un antagonista, un «Otro» contra el cual se fueron constituyendo las bases del «ser argentino» (Alvarez, 2006: pp.9-10).

De este modo, la «identidad nacional» construida se definió más desde la negación que desde la afirmación de caracteres y valores. Y este rol, el lugar de la contraimagen y la otredad, le cupo al movimiento anarquista local. De allí su conclusión que “del lado del Estado puede afirmarse que el reconocimiento de la nueva realidad le fue impuesto por la fuerza misma de los hechos más que por un intento de “prevención y apertura social” que en palabras de Suriano y del SCH, los anarquistas no supieron entender. (Alvarez, 2006: p.41)

Por su parte Ansolabehere (2011), en coincidencia con los autores anteriormente mencionados, refleja la idea de un largo y complejo proceso de criminalización del anarquismo articulado por el Estado en la primera década del siglo XX, donde paulatinamente se va colocando al anarquismo fuera de la ley acusándolo de querer destruir el orden social y de constituir una amenaza contra el territorio de la nación y los fundamentos mismos de la nacionalidad argentina.¹⁷ Por ello afirma que el anarquismo incidió en la elaboración, discusión, sanción y puesta en práctica de algunas leyes que lo tuvieron como destinatario implícito o explícito, como la ley 4144 de Residencia, cuyo argumento para el autor no puede ser más claro¹⁸, y ley 7029 de Defensa Social. Es decir que en el cuerpo de esas leyes, y en una serie de textos que rodearon su elaboración y sanción, influenciados por la literatura y la criminología de

¹⁷ Al mismo tiempo, este proceso represivo que se ensaña con el movimiento ácrata, con sus periódicos y con los sindicatos adheridos a la FORA coincide con la creación por parte del Estado nacional de nuevas instituciones para reprimir, consolidando un aparato represivo cada vez más amplio y especializado, que excede sus atribuciones policiales. Todo esto sumado a las continuas implantaciones del estado de sitio, que restringía todavía más las posibilidades de protesta social.

¹⁸ Para Ansolabehere, el argumento de la Ley de Residencia puede resumirse de la siguiente forma: “hay dos sujetos entre los que está en juego un objeto, la nación argentina. Uno de esos sujetos es el estado nacional, encargado de velar por el mantenimiento del orden social. El otro, su antagonista, que amenaza con alterar ese orden, es el extranjero, de ahí que la amenaza hacia el orden social implique una amenaza contra la nación misma, y que el conflicto pueda ser pensado de acuerdo con una lógica de guerra en defensa de la patria contra un enemigo externo. Por eso es el territorio de la nación el espacio que define los alcances de las posibles sanciones (ser expulsado o no poder entrar en él) y es el que ha nacido fuera de ese territorio y su cultura el único sujeto punible (2011: pp.226-227).

los discursos, puede reconstruirse la mirada del Estado argentino sobre el fenómeno del anarquismo, y más precisamente el modo en que desde el Estado se intentó determinar el tipo de criminalidad que constituía el anarquismo.

Como bien señala Martínez (2009: p.442), una rápida mirada a los debates parlamentarios permite concluir que el eje dominante de la discusión era la figura del «anarquista», recortado en los términos del «otro exótico» al que se le atribuyen una serie de rasgos culturales, sociológicos, psicológicos y biológicos de enorme interés para el análisis, pues ayudan en el proceso de criminalización del movimiento. Anarquismo, lejos de ser una visión del mundo, equivalía en este contexto – influenciado por el discurso de la Antropología Criminal basada en los escritos del italiano Cesare Lombroso- a una enfermedad patológica, propia de seres social y genéticamente «inadaptados», definidos por una serie de rasgos negativos, como su agresividad y extrema violencia, falta de moralidad o haraganería, que les convertía en seres especialmente propensos a la delincuencia y al crimen.

Para Álvarez y Martínez, si bien el proyecto económico liberal - burgués - dependiente resultó casi incuestionable por sector social alguno, el Estado encontró serias dificultades para imponer un patrón cultural que aglutinase el «crisol de razas» representado por la Argentina de principios del siglo XX por lo que la constitución de una figura políticamente indeseable, sobre la cual descargar todos los males, que había que extirpar de la Nación para que ésta se desarrolle sanamente, encontró en la asociación anarquista – extranjero - delincuente sociopolítico una conveniente ecuación. Al final de este proceso, las élites conservadoras, protagonistas de la modernización, habían construido, a lo largo de toda una década de discurso y práctica represiva, el consenso en torno a la figura del «otro» revolucionario, enemigo de la nación argentina, inclinando la balanza a su favor en esa batalla cultural a partir de la cual consolidaron su hegemonía política como clase.

De allí que para Ansolabehere (2011: p.209), este proceso de criminalización del anarquismo impulsado desde el Estado, y llevado a cabo ya sea bajo el uso de la represión física para la cual se crearon innumerables instituciones represivas, de la implementación de leyes, o de la creación de ficciones estatales impregnadas del discurso médico de la criminología, logró su cometido. Y no solo en relación a las consecuencias que dicho proceso generó en el movimiento anarquista argentino en las primeras dos décadas del siglo XX, las cuales señalan el comienzo del declive del mismo y la

imposición hegemónica de las ideas de nación y patriotismo¹⁹, sino que además dejó una huella imborrable a lo largo del tiempo de la cual el anarquismo nunca ha logrado reponerse.

EL ANARQUISMO CONTRA EL ESTADO. PIERRE QUIROULE CONTRA LA CIUDAD DEL CENTENARIO.

Como es sabido, el anarquismo no posee una teoría desarrollada sobre el Estado y su lógica. Su visión totalmente negativa con respecto a todo tipo de autoridad parece tornarla innecesaria. Pero esto no debe hacer pensar que el anarquismo no considere el papel que el Estado cumple en el desarrollo de las sociedades. De allí que su primera misión sea la destrucción total y absoluta de este. Es por ello que ante este proceso de refundación subjetiva dirigida a moldear las clases populares la militancia ácrata “no cree que en esa disputa el anarquismo este derrotado de antemano”, dando comienzo de esta forma a un vínculo antagónico e irreconciliable entre anarquismo y nación (Acha, 2009). Conflicto a partir del cual los anarquistas asociarán la idea de Estado y Nación con los conceptos de nacionalismo, patriotismo y con el uso del pasado como imposición hegemónica.

Como señala Acha, la representación ácrata de la historia se vincula con la aversión al patriotismo. Y de allí, por deslizamiento semántico-político, se transita a la reacción negativa ante el pasado, artefacto usual de las concepciones chauvinistas de la nación. Y si bien la crítica al patriotismo no inhibe el recuerdo de las fechas nacionales, lo que el anarquismo deplora es el uso que de ellas hacen el Estado y la clase dominante, ya que “el anatema histórico del pasado –usual entre los historiadores– suele ser una coartada para abstenerse de la crítica del presente. Aunque no es la negación de lo específicamente argentino lo que conduce a la representación anarquista de la historia; por el contrario, su combate contra el patriotismo supone la distinción respecto de Europa y la condena a los nacionalismos del Viejo Continente cuya copia artera se intenta imponer en la Argentina” (2009: p.101).

¹⁹ Si bien Ansolabehere (2011: p.341) señala la ineficacia de la nominación de las calles como una manera de reforzar el sentido de la nacionalidad “ya que la desconexión entre determinado hito de la historia nacional y la calle que pretende, con su nombre, mantenerlo vivo para todos los ciudadanos, no solo muestra el fracaso de dicho instrumento pedagógico, sino, además, su inversión”, creemos que la enorme cantidad de calles, plazas, escuelas, monumentos, bibliotecas y premios con que han sido homenajeados casi todos los Diputados y Senadores que participaron en los debates de las leyes represivas que recayeron contra los anarquistas, como así también distintos escritores – entre los cuales se puede incluir hasta el mismísimo Lombroso– cuyas plumas estuvieron destinadas a conformar la imagen del anarquismo como “enemigo de la nación”, forma parte de esa hegemonía cultural que las élites dirigentes lograron imponer a lo largo del siglo XX en nuestro país.

Y el pensamiento de Pierre Quiroule no estará ajeno a dicha imposición. Del análisis de Ansolabehere (2011: p.279) se desprende justamente como el centenario se verá reflejado en la principal obra de Quiroule, *La Ciudad Anarquista Americana*, la cual puede entenderse no solo en términos de fidelidad a ciertos modelos de la tradición utópica sino también como reacción donde las críticas apuntan contra la gran ciudad, y particularmente, aunque sin nombrarla, contra la ciudad de Buenos Aires como ejemplo de la gran ciudad burguesa americana por excelencia. De allí que gran parte del relato este dedicado a criticar la ciudad burguesa como factor de miseria y dolor, contraponiendo la felicidad de la humanidad con la civilización y el progreso modernos como sinónimos de ciudad, un lugar sin libertad donde la indiferencia, el desprecio por la vida y la amenaza de muerte frente a futuras tragedias para la humanidad – choque de trenes y subterráneos, caídas de puentes e incendios en enormes rascacielos, todas ellas evitables en la ciudad anarquista- están a la orden del día²⁰.

No obstante, los datos que tal vez más claramente conectan a las Delicias (tal el nombre de la ciudad capital de El Dorado en la obra de Quiroule) con Buenos Aires sean, por un lado, el modo en que la monarquía celebra sus diez años de existencia – donde los fastos patrióticos en el relato remiten directamente a las celebraciones del centenario argentino, cuyos ecos todavía resuenan cuando Quiroule escribe su historia publicada en 1914 y donde éste hace coincidir el inicio de la revolución con la celebración de los diez años de la monarquía de El Dorado – y por otro, el rechazo a ese “escenario” de los valores del estado nacional (donde se realizan varios de los festejos del centenario) contra los que se levanta la ciudad anarquista llegando a su punto de exposición y combustión más alto: materialismo burgués, explotación de las pasiones del populacho, corrupción, coerción estatal, y por sobre todos ellos, patriotismo.

De esta forma, *La Ciudad Anarquista Americana* centra su crítica en la ciudad patriótica americana, cuyo gran modelo es la patriótica ciudad de Buenos Aires del centenario, es decir, en la confluencia y avance de lo patriótico en el espacio urbano, donde la conversión del espacio urbano en una representación de los valores de la nacionalidad y en las constantes manifestaciones de patriotismo llenan el ambiente saturado de “civismo. Y en esas mismas calles de Buenos Aires es donde el relato de Quiroule imagina y proyecta una forma de protesta que supere de una vez y para siempre la manifestación política o el atentado individual: la revolución social”. (2011: pp.280-286)

²⁰ “No, no queremos más de vuestro estupendo progreso, hombres de genio! Ni de vuestras ciudades colosales ilustres patriotas! Estas grandes ciudades, cuyo esplendor amasado con sangre de proletarios, esconde tantas lacras asquerosas! Queremos luz, queremos aire, queremos sol .. y en vuestras ciudades y en vuestra organización social solo hay asfixia y tinieblas” (Pierre Quiroule, 1914: p.12).

Varios autores coinciden en que la hipótesis de La Ciudad Anarquista Americana es que a cada tipo de orden social le corresponde un tipo determinado de ciudad y que dos modelos de ciudades diferentes son la manifestación de dos órdenes sociales enfrentados: el orden burgués y el orden anarquista. Para Quiroule, la ciudad de Buenos Aires es la “representación más acabada del orden burgués”, ya que la burguesía parasitaria sólo puede desarrollarse en las grandes ciudades a costa del proletariado y a partir de la creación de una gran burocracia de funcionarios necesaria para mantenerla. Pero el resultado de esto sólo se traduce en miseria, esclavitud, delincuencia, opresión, corrupción y enfermedades²¹. De allí que el remedio propuesto para el mal sea la destrucción de la misma y, por ende, la abolición lisa y llana del orden burgués y la instauración del comunismo anárquico representado por la ciudad anarquista.

Y es aquí donde su obra viene a completar lo que su primer relato utópico, *Sobre la ruta de la anarquía*, había dejado incompleto y por lo cual se había signado el fracaso de la revolución: la concreción de la Ciudad Anarquista Americana. Porque en esta obra revolución y ciudad se convierten en dos conceptos indisolubles donde por momentos la ciudad pasa a un segundo plano casi convertida en una excusa (o estímulo) para la revolución para luego convertirse en un elemento fundamental, no sólo para completar el proceso revolucionario en América sino también para generar un espacio de plena libertad en el cual se puedan crear las condiciones para pensar y llevar a cabo la futura revolución en Europa.

Luego de dedicar su obra “a los valerosos revolucionarios que en México luchan por Tierra y Libertad” toda la novela girará en torno a un personaje central (Súper, El Antiguo o El Físico) con el cual nuestro autor une el pasado – a partir del relato de la revolución en Las Delicias hace 20 años- con el presente – la descripción de la Ciudad Anarquista y la construcción de un arma mortal para llevar la revolución a Europa- proyectando el futuro y a partir del cual el hombre de ciencia se pone al servicio de la revolución, reconvirtiendo de esta forma a la ciencia y al “anarquista delincuente” en un héroe “constructivista” que usa la imaginación política y sus conocimientos científicos para inventar otro mundo posible.

²¹ Pierre Quirolule (1914: p.146). En su escrito Organización Futurista del 20/9/1914 publicado en la Protesta Quirole señala al respecto: “he hecho ver como la gran ciudad es la cuna de la injusticia, del vicio, del parasitismo, de la enfermedad, del hambre y de la esclavitud, y como la solución del problema está en la fundación de una nueva ciudad bastándose a sí misma, aliviando la producción de un cincuenta por ciento, tal vez más, con la supresión de los grandes servicios públicos que, al complicar la vida, esclavizan y matan al productor”.

A partir de una división en distintas etapas del proceso revolucionario y de la gran influencia que generan en Quiroule los escritos de Kropotkin, el relato describe un primer momento en el cual Súper, luego de percibir la imposibilidad de llevar a cabo la revolución en Europa debido a la fortaleza de la burguesía y sus ejércitos y a la negación del proletariado de querer innovar en la construcción de una nueva sociedad, afirma que la salvación para la humanidad estaba en América ya que estos dominios todavía no habían sido tocados del todo por el lucro del capital y que la burguesía todavía no se había hecho invulnerable ya que –en una clara referencia a Argentina- al haber robado las tierras a sus antiguos y verdaderos dueños, los indios, no había conseguido generar en las masas el apego al suelo que existía en Europa.

En torno a esa idea comenzará a organizarse la revolución por parte de una minoría de trabajadores europeos surgidos de todas las tendencias revolucionarias y que, financiados a partir del dinero obtenido de los sindicatos, desembarcarán en Las Delicias con un plan que, contrario a la costumbre europea donde primero actúan las masas desordenadas y espontáneas, será ejecutado por el elemento consciente y ordenado sin dejar nada librado al azar.

Luego de cinco años de preparación, en los cuales Quiroule describe la situación de los trabajadores en El Dorado- la cual coincide con el contexto de Argentina entre 1902 y 1910 donde nuevas leyes, confinaciones y cárceles se erigen contra los trabajadores impidiendo su libertad y organización- los revolucionarios eligen el momento oportuno para llevar a cabo su obra: los festejos de los diez años de la monarquía (los cuales se remiten a los festejos del centenario en Buenos Aires) que mantendrán a las autoridades y a las masas sin dignidad ni ideales, borrachas de patriótico entusiasmo y sumergidas en orgías de fiebre chauvinista y demencia colectiva (de las cuales el pueblo trabajador no participará).

Esta segunda etapa es la de la destrucción vengativa que se encarga de secuestrar a las principales autoridades y destruir todos los edificios públicos, el armamento del ejército, las iglesias y todas las vías de comunicación. Pero también será el momento en que vuelvan a aparecer los problemas de organización que podían hacer peligrar la revolución, ya que el pueblo quería injertar la sociedad comunista sobre el viejo tronco de la sociedad burguesa tomando el viejo y funesto molde de las grandes ciudades modernas. Y aquí es donde vuelve a aparecer el personaje central de la obra, quien pondrá en marcha la tercera etapa a partir de su idea constructivista por ser el único en haber pensado un plan previo para que la revolución no fracasara: la destrucción de la antigua ciudad burguesa y la construcción de la Ciudad Anarquista Americana.

Una vez logrado dicho sueño, la última etapa de este largo proceso estará proyectada hacia el futuro y basada en el principio kropotkiniano de la ayuda mutua ya que la revolución y la posterior edificación de la ciudad anarquista se pudieron llevar a cabo gracias a la lucha del proletariado europeo que, a pesar de ser derrotado, puso freno a la pretensión de las burguesías y gobiernos de Europa de invadir y recuperar América por la vía militar. Enterados de las fuertes medidas represivas que se tomaron contra los trabajadores del Viejo Mundo, los comunistas anárquicos de América devolverán el gesto a esa lucha heroica a partir del uso de una poderosa arma –creada, no casualmente, por el Físico– para ser usada contra los ejércitos y de esa forma liberar al mundo de la opresión capitalista.

Así, a partir de una narración retrospectiva que se nos presenta como un relato histórico –donde el futuro de la humanidad es el presente de la novela y su pasado nuestro presente – la utopía quirouleana se transforma en la representación de un territorio que está en otro lugar y en otro tiempo, dando paso a la “relación binaria entre dos espacios escindidos, uno real alienado y otro deseado y construido a partir de los arquetipos del imaginario utópico: el sujeto disociado del espacio real proyecta instancias anheladas en espacios imaginarios” (Petra, 2001: p.2).

Esta disociación que marca el abismo que separa a los órdenes pre y posrevolucionarios, es el señalamiento de que la utopía (ese no-lugar) no puede construirse ni en el espacio social ni con los materiales sociales de topia (este lugar) expresando de esa forma una ruptura en la temporalidad histórica (Pittaluga, sin fecha).

Y sólo esta ruptura permite además transformar el tiempo de la cotidianeidad. En su ciudad anarquista, el tiempo deja de estructurar la vida cotidiana y ya no puede ser utilizado como referencia de control social. Como si la caída de la burguesía hubiese arrastrado consigo la desaparición del tiempo. Pierre Quiroule considera que esta nueva dimensión cronológica, la prolongación del tiempo, es la única que puede dar origen a una situación de continua actividad y plenitud que permita establecer un nuevo sistema de trabajo basado en la ayuda mutua -aunque respetando el individualismo-, una nueva propuesta de educación integral y un nuevo tipo de relación entre hombres y mujeres basada en la emancipación de la mujer y el amor libre, previa desaparición del matrimonio y la familia (Gómez Tovar, 2001). Sólo así se podrá pensar en un nuevo mundo basado en la libertad luego de producirse la reconquista de la naturaleza de sus dominios profanados por el hombre.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acha, Omar (2009). *Historia crítica de la historiografía argentina. Vol.1: las izquierdas en el siglo XX*. Buenos Aires. Prometeo Libros.
- Albornoz, Martín (2006/2007). “El Instante de Rafael Barret”. *Políticas de la memoria, Anuario de Investigación e información del CeDinCI*, 6-7, 175-181.
- Álvarez, Edgardo (2006). *El Estado Nacional contra el movimiento anarquista. Un proceso de ortopedia social en la historia Argentina. Primera parte (1900-1905)*. Buenos Aires, Ediciones CCC.
- Andreau, J; Fraysse, M y Golluscio De Montoya, E. (1990). *Anarkos, Literaturas libertarias de America del Sur 1900*, Buenos Aires, Corregidor.
- Ansolabehere, Pablo (2011). *Literatura y anarquismo en Argentina (1879-1919)*. 1° ed.-Rosario. Beatriz Viterbo Editora.
- Arce Cortéz, Tania (2008). “Subcultura, contracultura, tribus urbanas y culturas juveniles: ¿homogenización o diferenciación?”. *Revista Argentina De Sociología*, 11, 257-271.
- Bakunin, Miguel (1873/1984). *Estatismo y Anarquía*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- Barrancos, Dora (1993). “Encantos y desencantos con la utopía anarquista”. En H. Biagini. *Redescubriendo un continente. La Inteligencia española en el país americano en las postrimerías de XVIII* 153-179 Sevilla, Publicaciones de Excma. Diputación provincial.
- Bavasso, Ceferino (2008). “El sueño Anarquista”. Universidad Tres de febrero. Versión Digital.
- Bellucci, Mabel (1990). “Anarquismo, sexualidad y emancipación femenina. Argentina alrededor del 900*” *Nueva Sociedad* 109, 148-157.
- Bertolo, Amadeo (1989). “El imaginario subversivo” en Colombo, Eduardo *El imaginario social*, Montevideo, Nordan.
- Biaggini Hugo y Roig Arturo (2004) *Utopía, identidad e integración. El pensamiento alternativo en la Argentina contemporánea (1900-1930)*. Buenos Aires, Biblos.
- Brito García, Luis (1984). “Cultura, contracultura y marginalidad”. *Nueva sociedad* 73, 38-47.
- Cappelletti, Angel (1990). *El Anarquismo en América Latina*, Etapas del Pensamiento Socialista, Buenos Aires, Anarres, 2007.
- Guevara, Celia (2000). “Utopías urbanas: el caso Pierre Quiroule, Investigaciones”, en *Razón y Revolución* 6.
- Espinal Pérez, Cruz Elena (2008). “La(s) cultura(s) popular(es). Los términos de un debate histórico-conceptual”. *Universitas Humanística*, 67, 223-243.
- De La Rosa, Fernanda (2008). “Una alternativa diferente. El teatro libertario (1910-1930)”. ***Temas de Historia Argentina y Americana*** 12, UCA, 85-101.
- De la Rosa, Fernanda. “Una utopía libertaria: Diego Abad de Santillán” en Biaggini Hugo y Roig Arturo (2004) *Utopía, identidad e integración. El pensamiento alternativo en la Argentina contemporánea (1900-1930)*. Buenos Aires, Biblos, 141-151.
- Del Campo, Hugo (1977). *Los Anarquistas*. Buenos Aires. CEAL.
- Fadanelli, Guillermo (2000). “Cultura subterránea”, en Martínez Rentería C., *Cultura-ContraCultura: diez años de contracultura en México*, México, Plaza Janés Crónica
- Ferrater Mora, Jose (1964). *Diccionario de Filosofía*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Ferrer, Christian (2004): *Cabezas de Tormenta*. Buenos Aires, Anarres.
- Foucault, Michel (2011). *El poder, una bestia magnífica*. Bs. As. Ed. Siglo XXI
- Geli Patricio (1992). “Los anarquistas en el gabinete antropométrico. Anarquismo y criminología en la sociedad argentina del 900”. - *Entre pasados*, II, 7-24.
- Giustachini, Ruth (1990) “La dimensión verbal en el teatro anarquista: la columna de fuego de Alberto Ghirardo”. Teatro del Pueblo. Somi.
- Godio, Julio (2000) *Historia del movimiento obrero argentino* II tomos Buenos Aires, Corregidor.

- Gómez-Ullate García De León Martín (2004) *Contracultura y asentamientos alternativos en la España de los 90. Un estudio de Antropología social*. Departamento de Antropología Social. Facultad de CC. Madrid.
- Guerin, Daniel (1968). *El Anarquismo. De la doctrina a la acción*. Buenos Aires. Ed. Proyección.
- Hall, Stuart (1984) “Notas sobre la deconstrucción de lo popular” en Ralph Samuel (ed). *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona. Critica.
- Harnecker, Marta (2003). “Las minorías pueden tener la razón”. *Rebelión*.
- Kropotkin, Piotr (1896/1946). *El apoyo mutuo*, Buenos Aires, América lee, .
- Kropotkin, Priot (1892/2005). *La Conquista del Pan*, Buenos Aires, Libros de Anarres.
- Gomez Tovar, Luis; Gutiérrez, Ramón y Vázquez, Silvia (1991). *Utopías Libertarias Americanas, La Ciudad Anarquista Americana de Pierre Quiroule*, Madrid, Ediciones Tuero.
- Martínez Miguelañez, María. “1910 y el declive del anarquismo argentino. ¿Hito histórico o hito historiográfico?. 200 años de Iberoamérica (1810-2010): Congreso Internacional : Actas del XIV Encuentro de Lationoamericanistas Españoles, Santiago de Compostela, 2010,ISBN 978-84-9887-290-3 , págs. 436-452.
- Martinez Sahuquillo, Irene (1994). “William Morris y la crítica a la sociedad industrial: Una síntesis singular de radicalismo romántico y marxismo”. *Reis* 66, 171-180.
- Montseny, Federica (1976). *Que es el anarquismo*. Barcelona. Editorial La Gaya Ciencia .
- Nettelau, Max. *Esbozo de historia de las utopías*. Bs. As. ED. Imán. 1934
- Nieto, Agustín (2010) ”Notas críticas en torno al sentido común historiográfico sobre ‘el anarquismo argentino’”. *Revista A contracorriente* Vol. 7, 3, 219-248.
- Nieto, Agustín (2008). “Anarquistas y obreros del pescado: Una experiencia de organización sindical en los años ‘40”, en *Historia Regional*, 26, 89-117.
- Osvaldo, Bayer (2007). *Los Anarquistas Expropiadores y otros ensayos*, Buenos Aires, Booket.
- Oved, Iaacov (1978). *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, Siglo XXI.
- Padula Perkins, Jorge (2010) “¿Quién y cómo se gestiona la alternatividad cultural?” .*Revista Digital Nueva Museología*.
- Petra, Adriana (2001). “Anarquistas: cultura y lucha política en la Buenos Aires finisecular. El anarquismo como estilo de vida”. En biblioteca virtual Clacso.
- Petra, Adriana (2007). “Las delicias utópicas: ciudades ideales y anarquistas rioplatenses”. Versión Digital.
- Quiroule, Pierre (1924). *En la Soñada Tierra del ideal*, Buenos Aires, B. Fueyo Editor.
- Quiroule, Pierre (1919). *Justicia Social, “Trabaje, el que quiera comer”*, Buenos Aires, Ateneo Libertario del Sud.
- Quiroule, Pierre (1914). *La Ciudad Anarquista Americana*, en Gomez Tovar et al. (1991) Madrid, ediciones Tuero.
- Quiroule, Pierre (1921) *La Teoría Social Constructiva del campesino Argentino*, Buenos Aires, Espartaco.
- Quiroule, Pierre (1922). *Problemas Actuales. Sistemas sociales y Filosofía Anarquista*. Buenos Aires, Librería Escuela Moderna.
- Quiroule, Pierre (1912). *Sobre la Ruta de la Anarquía*. Buenos Aires, Edición Bautista Fueyo.
- *Quiroule, Pierre (1921). Unificación*, Buenos Aires, Grupo Anarquista Los Comunistas.
- Pittaluga, Roberto (2000). “Un imaginario utópico-restaurador en el anarquismo de la Argentina”, en *El Rodaballo*, 11/12, 74-77
- Pittaluga, Roberto (s/f) “Relato y descripción de la obra *La Ciudad Anarquista Americana*”. Material otorgado por el autor.

- Pittaluga, Roberto (2002). De profetas a demonios: recepciones anarquistas de la Revolución Rusa (Argentina 1917-1924)”, *Revista Sociohistórica* 11/12, 69-98
- Romano, Vicente (2005). “Valores para una cultura alternativa”. En *rebelión.org*.
- Solomonof, Jorge (1998). *Ideologías del movimiento obrero y conflicto social*. Buenos Aires. Tupac. 1988.
- Suriano Juan (2005). *Auge y caída del anarquismo. Argentina. 1880-1930*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Suriano, Juan (2001). *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial.
- Suriano, Juan (2002). “En defensa de los oprimidos. El anarquismo y la formación de una cultura de izquierda en la Argentina”. *Prismas, Revista de Historia intelectual*, Buenos Aires, 6, 167-177.
- Weinberg, Félix (1986). *Dos Utopías Argentinas de Principios de Siglo*. Buenos Aires, Hyspamérica.
- Zaragoza, Gonzalo (1996). *Anarquismo Argentino (1876-1902)*. Madrid, Ediciones De La Torre.